



ALEA IACTA EST

(la suerte está echada)

Por Orlando Márquez

La visita de Mons. Jean Louis Tauran a nuestro país ha dejado en los círculos católicos, y probablemente también en otros no católicos, una rendija abierta a la esperanza: la iniciación de un diálogo más profundo entre la Iglesia y el Estado. El Arzobispo de la Curia romana manifestó en varias ocasiones su agradecimiento al Ministro cubano de Relaciones Exteriores por la invitación cursada. El Ministro cubano, por su parte, valoró como «muy positiva» la visita.

Pero Mons. Tauran no es, como él mismo dijo, un «ministro de relaciones exteriores del Vaticano», cargo éste que no existe en la ciudad eterna. El título que existe, y del cual él ha sido merecedor, es el de Secretario para las Relaciones con los Estados de la Santa Sede, lo cual se traduce como representante del Papa, líder espiritual de millones y millones de fieles en todo el mundo, para exponer puntos de vista y conversar sobre los intereses de la Santa Sede en los diferentes países con los que mantiene relaciones, intereses que, vale repetir, comprenden los intereses de la Iglesia local. Esto no es ignorado por ningún país que intercambe embajadores con la Sede Apostólica.

Por otro lado, el minúsculo Estado Vaticano ubicado en el corazón de Roma, centro de la cristiandad desde hace casi 17 siglos, no puede ser considerado como un importante aliado comercial ni político en el mundo de hoy. Nadie ignora que el «poderío» de la Santa Sede se fundamenta, primero, en su fuerza moral, alimentada por una inspiración cristiana que se remonta a los lejanos días de la cuarta década del siglo primero de nuestra era cristiana. No menos importante, aunque no siempre apreciada, es su «fuerza» física, contabilizada en los millones de católicos que viven en los cinco continentes. Pero su fuerza principal, inmutable desde la época de los carretones hasta la nuestra de alta tecnología, y erróneamente ignorada por muchos, está en el sólido vínculo que existe entre el Papa y los millones de católicos, entre el Pastor y el rebaño, que está distante pero no disperso. Todo ello enmarcado por riguroso y disciplinado estilo institucional. Los católicos sabemos; además, que ese vínculo con el sucesor de Pedro brota de la fe en Jesucristo. Nada se compara a ello.

Estas son las aristas que definen las relaciones de la Santa Sede con los Estados. Por ello, a su llegada a Cuba, en la primera declaración que hizo Mons. Tauran, expresó que cuando la Santa Sede conversa con los diferentes gobiernos, se interesa también por la vida plena de la Iglesia que existe bajo esos gobiernos.

El Gobierno cubano, durante la visita de Mons. Tauran, dio muestras de comprender la singularidad de estas relaciones con la Santa Sede. El Arzobispo pudo, además de entablar conversaciones oficiales, cumplir con un programa eclesial paralelo. Todo estaba preparado para que no hubiera interposiciones y los eventos fueron escrupulosamente respetados por las partes. Es bueno incluso decir, a modo de agradecimiento y para que se conozca, que los medios de comunicación de la Iglesia pudieron cubrir cada acto de presencia de Mons. Tauran, no sólo en el aeropuerto o en las celebraciones litúrgicas, sino también en la Cancillería, exceptuando, lo cual fue compartido con el resto de los periodistas, el encuentro con el Presidente Fidel Castro.

Cierto que, al final, no hubo muchas palabras explícitas para la prensa. La invitación hecha al Papa está «vigente» y se dará «solución» a «casos pendientes» de religiosos para entrar a trabajar en Cuba. Pero más allá de todo ello quedó el diálogo, un diálogo que, como declaró Mons. Tauran, no ha concluido y debe conducir a la normalización de las relaciones Iglesia-Estado, cuya «culminación y nuevo punto de partida» estaría dada por la visita del Papa Juan Pablo II a nuestro país.

El diálogo iniciado debe continuar ahora, teniendo como interlocutor directo, a la propia Iglesia cubana. También ella ha

«considerado... cómo ayudar a Cuba a superar las dificultades y los condicionamientos actuales». Y ¿qué es para la Iglesia ayudar a Cuba y al hombre y la mujer cubanos? Anunciar el evangelio, hundiendo las manos en las raíces del corazón que sufre; proclamando la verdad del hombre, que es la verdad de Dios. Comprometiéndose socialmente, tanto los obispos como los laicos, por hallar soluciones reales. No es nada nuevo, pero debe cobrar nuevos bríos: para nosotros, la Nueva Evangelización se llevará a cabo de este modo. Debe la Iglesia aceptar las incomprensiones y los obstáculos que se presenten a su paso, pero que no deben conducir al desaliento y a la inacción. Nada humano le puede resultar ajeno. El Verbo habría permanecido distante si no se hubiera hecho Carne, ¡y se hizo Carne! Para la Iglesia cubana, con la cual estamos todos los católicos comprometidos, esa acción la debe acercar cada vez más a los necesitados, tanto a los que necesitan ayuda material como el consuelo, estén en las escuelas y las fábricas, o en las prisiones y los hospitales. Y debe acercarnos, también, a los que piensan de manera diferente.

Hay varias cosas que preocupan a los cristianos en Cuba en los actuales momentos que vivimos. No poca importancia concede la Iglesia a las hostiles relaciones que puedan existir entre Cuba y los Estados Unidos, pues no es posible divisar en el horizonte una señal que indique el mejoramiento de esas relaciones. Las leyes que refuerzan el embargo económico, resultan en definitiva medidas de fuerza que alejan la posibilidad de un diálogo productivo para ambas partes, sin olvidar las implicaciones humanas de tales medidas, como es el drama de las familias que, divididas durante décadas, ven levantarse ahora un nuevo obstáculo para su encuentro en la patria que los vio nacer o en el país que les acogió como emigrantes.

El éxodo indetenido de muchos cubanos, y el éxodo en el corazón de otros tantos, debe detenerse. La emigración humana siempre ha existido, y todo hombre tiene derecho a ella; pero la emigración provocada por las debilidades económicas o por los condicionamientos políticos, no se justifica. Las privilegiadas riquezas naturales y humanas de este país, permiten afirmar que todos podemos vivir dentro de Cuba. Toda medida que posibilite potenciar y hacer producir esas riquezas, debe ser privilegiada. Nadie debería buscar en otras partes lo que pudiera encontrar fácilmente en su propia tierra.

La voz de los que, con sincero corazón, proclaman su interés por el asunto cubano dentro de Cuba, debe ser escuchada. Si el amor por la patria es sincero y compartido, servirá por sí mismo de protección contra intereses foráneos ajenos. Para el error es más útil la medicina de la corrección fraterna y solidaria, no la imposición forzosa. Los ciudadanos deben respetar la autoridad, y la autoridad más respetada, como demuestra la historia, ha sido siempre la más justa, no la más fuerte, porque esta última más bien será temida, y el temor no permite una actitud propicia para construir una comunidad basada en la solidaridad y la fraternidad entre sus miembros. La pasión debe ser desplazada por la razón.

Estos son, entre otros, los intereses de la Iglesia que vive en Cuba, de sus obispos, sus sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Los laicos tenemos, sin dudas, una grave responsabilidad como fuerzas actuantes directamente en la sociedad. Somos también la Iglesia que ha formado parte de la historia de Cuba desde hace ya más de cinco siglos. Nos alegraremos con los éxitos de este país, y sufriremos con los dolores de este país. Estamos atados al mismísimo corazón del árbol de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura, como el resto de los habitantes de esta Isla; y esa nacionalidad y esa cultura están, innegablemente, cimentados en las tradiciones cristianas del mundo occidental. No somos más ni menos que otros, simplemente somos y queremos seguir siendo. Esto podrá ser bien o mal entendido; de cualquier forma, *alea iacta est*. Ω